

*Antología poética*  
de  
**Andrés Trapiello**  
**(Selección de textos)**

## ÍNDICE

### *Junto al agua*

Al final de la tarde  
Algunas travesías  
Al sur de Granada  
Interior

### *Las tradiciones*

Tarde de Carnaval  
Adonde tú por aire claro vas...  
Por los caminos del tedio  
Coche de línea  
Es esto  
Disolución de un canto

### *La vida fácil*

La carta  
Unos soportales  
Casinos  
Me asomo todas las tardes  
En las lluviosas tardes de noviembre  
Por si un día quedaras

### *El mismo libro*

Soneto  
Son símbolos los buques y la niebla  
Yo descubrí en los manzanos  
Aquellos trenes de entonces  
1959  
Retrato de mi padre

### *Acaso una verdad*

Un café de mi infancia  
Un otoño  
Ripios para un amigo y tres viejos maestros  
La ventana de Keats  
Virgen del Camino  
Jazmineros

### *Rama desnuda*

Oda a un ruiseñor  
Ante un manuscrito de L. P.  
Al leer a Leopardi  
Las Mercedes

Grano de arena  
Elegía  
Calleja de los olmos  
De Portugal han venido

### *Un sueño en otro*

Un sueño en otro  
Habla  
Menos que nada  
Mi padre sale a buscar su muerte  
Lluevo  
Para ti y para mí  
Autorretrato de una rosa  
Pájaro

### *Segunda oscuridad*

Mota de polvo  
Gorriones del Rastro  
Rama de cerezo en flor  
Una carretera  
Ramón Gaya  
Agropecuaria (Poética)  
Cántaro roto  
Niños en la calleja

### *Y*

El camino de vuelta  
Pájaros, versos  
Ruiñeñor  
Canturreando  
Haikú del ruiñeñor  
Homenaje a un romance de Unamuno  
Las voces y los ecos  
El sueño breve

*Junto al agua*

(1980)

## **Al final de la tarde**

Al final de la tarde  
las últimas estelas se detienen  
en la pared de cal,  
accidentes, cenizas.  
En los ojos entonces los paisajes  
suenan como lacados  
y hasta parecen lágrimas,  
tan suavemente llegan.

Hablo de mí porque temo a la muerte  
desnuda de las cosas  
y que la muerte venga a esta azotea  
a quedarse en la calma y el silencioso valle.

Como en su vaso el té moruno y verde  
o el viejo libro que abierto está a su lado  
han conseguido ser dueños de su quietud,  
y en su quietud  
igualarse a los astros que van en vastas órbitas,

como ese viejo libro y ese vaso de té,  
recuerda este lugar y este momento.  
Un día llegará en que te preguntes  
¿de ti, de mí, qué fue de todo aquello?,  
y de los ojos  
ya no vendrán palabras.

## Algunas travesías

Llevado por el viento he visitado  
viejas, claras, inmóviles ciudades.  
Algunas apagaban en el mar  
sus mortecinas luces y otras eran  
como el invierno o en un jardín la nieve.  
Mi corazón, para decirlo pronto,  
estuvo en miradores que guardaban  
los reflejos dorados de la tarde,  
por calles solitarias se perdía,  
iba mirando polvorientos negocios,  
viejos escaparates con rótulos de oro.  
Vio sombras y jardines,  
y en ocasiones te vio a ti  
en esa hora misteriosa y suave  
que una ciudad extraña tiene: la hora  
azul en la que alumbran los faroles  
con una luz azul como de estrellas  
y un crepúsculo azul,  
y todas esas luces, sortilegios,  
sumadas nada alumbran,  
sino penumbra, sombras, laberintos.  
Viejas ciudades para mí sin nombre,  
sino recuerdo solo  
de un color, una plaza, una palmera,  
olor de madre selvas, de café y de camelias  
y ese olor de cocina, aceite y fritos  
que a veces en un barrio trae el aire.  
Algunas me esperaron  
en un transbordador melancólico y lento.  
Otras con su silencio me cubrieron  
y sus negras bujías y su humedad marina.  
Todas ellas llegaron para medir mi tiempo,  
estaciones de hierro  
de un corazón tan frágil.

## Al sur de Granada

La lámpara de mesa,  
la camilla de pino  
y los olivos fuera.  
Se atormenta el silencio  
con nubes de verano,  
huele a tierra mojada  
aun antes de que llueva,  
y unos libros aguardan  
la fecha de esta tarde,  
diecinueve de agosto  
en Fondales, Granada.  
Cuando pasen los años  
y abra de nuevo alguno de estos libros,  
en esa simple fecha  
volverán los sentidos,  
la luz plomiza y calurosa y mate  
y el ruido de las moscas  
sospechando tormenta  
y el olor de la tierra  
anunciando la lluvia.

## Interior

Tiene este día un lento desplomarse  
de mercurio en el agua  
de la fuente tranquila.  
Soledad del jardín, luz de rumores  
y perfume de sombras, de jazmines  
y yedra. Es el olor del agua  
que desborda la acequia y el rumor  
de una pequeña y oscura celosía  
que es verde y de dos hojas.  
En la vieja pared está entreabierta  
para que alguien venga.  
Mira a tu alrededor este paisaje  
de distancias tan cortas,  
que, aunque cerques, te cercas,  
y hables de lo que hables, de ti hablas.

El corazón alcanza  
cuanto se oculta en días  
que apenas son virtutas de argumento,  
una luz mortecina, el brillo opaco  
que habrá de ser la lluvia,  
el rumor otra vez de ese jazmín,  
ese rayo de luz sobre las hojas muertas.

## *Las tradiciones*

1982; ampliado en 2002, 2ª ed.

## **Tarde de Carnaval**

Los tres lirios del vaso  
anuncian la ventana.  
Hay una luz violeta  
y un antifaz de sombra  
en el triste amarillo.  
Un arlequín jamás encontraría  
iguales atavíos  
para un baile de máscaras.  
Sencilla soledad  
de este febrero.  
La lámpara ilumina en vuestra frente  
una canción, ceniza  
que pisaréis mañana  
como la nieve sucia.

## **Adonde tú por aire claro vas...**

Adonde tú por aire claro vas,  
en sombra yo, o en hojarasca breve,  
te he seguido. Yo mismo sombra soy  
de ti. Y no puedes tú notar que yo  
te siga, yo, callado tras de ti,  
lumbre contigo o nieve de tu mano.  
Y veo tu mirar, mas siempre esquivo,  
oscuro y amoroso, en huertos altos  
que tú para tu amor los cercas. Fuentes,  
aves, la reja de la casa sueño  
ser yo, la claridad, su vuelo limpio,  
el aire entre los hierros. Pero tú,  
a mi través, cuando me miras, creo  
que estás mirando a otro, de no verme.  
Y ya la fuente, el ave, las espadas  
de la verja no son nada. La tarde  
su rosa le retira al vaso. Pétalos  
solo, los continentes que parecen  
sobre la mesa, a ti te los ofrezco,  
te envío su gobierno y yo, la sombra.

## **Por los caminos del tedio**

La vida necesita de ese siglo anterior  
que la haga soportable. Aquel momento  
en que la luz dorada sobre el bosque  
ardía en el quinqué prendido dentro.  
Y debió ser hermoso ese pensar  
de los viejos románticos en palacios barrocos.  
Vivir con la mirada puesta atrás,  
como el que sigue amando. Nunca  
aquellos hombres supusieron  
que su dolor sería, con los años,  
el sueño venidero en un perdido otoño.

## Coche de línea

Al fondo está la casa,  
entre almendros, en ruinas  
sobre los campos yermos.  
Dí, tarde de febrero,  
¿volveré a ver un día  
este lugar callado,  
bandadas de estorninos,  
el evónimo verde y las violetas,  
o moriré sin recordar la luz  
que vuelve esta tristeza casi alegre?  
Solo quiero quedarme en este sitio  
y ser para mi siglo  
nada más que el pasado,  
un era, alguien oscuro  
que deja que ese coche de línea  
pase  
lentamente de largo.

## **Es esto**

Es esto  
la temible muerte.  
Ha llegado el final  
y no tienes respuesta.  
El vaso de cristal,  
la flor sobre la mesa,  
el dolor de partir  
sin que tu corazón conozca  
una sola razón  
de estas tres cosas  
sencillas.

## Disolución de un canto

¿Escuchasteis alguna vez el amoroso  
canto del vencejo en el aire?  
Otro vencejo le persigue,  
pequeño alud de alas inconstantes,  
cerniéndose a sus quiebros.  
Cada chillido jubilar  
entra en el azul del cielo  
con ese escalofrío del acero  
templado en el pilón del agua.  
Esto dura apenas nada,  
lo preciso para que el espacio  
abra su arca y se muestre dadivoso.  
Luego la vega los reclama  
y en un celaje de verdes  
se pierden para siempre.  
Y es hermoso ese canto en junio  
que aun oído por todos,  
nadie repara en él especialmente.

*La vida fácil*

(1985)

## La carta

He encontrado la casa  
donde te llevaré a vivir. Es grande,  
como las casas viejas. Tiene altos  
los techos y en el suelo,  
de tarima de enebro, duerme siempre  
un rumor de hojas secas  
que los pasos avivan. A los ocres  
de las paredes nada ya parece  
retenerles aquí. Igual que frágiles  
pétalos, largo tiempo olvidados  
en un libro, amarillean todos.  
Entre rejas, trezado,  
un rosal sin podar.  
En el jardín pequeño, una fuente  
y un fauno. Y me dicen  
que también unos mirlos.  
Cuando en los meses fríos del otoño,  
al escuchar sus silbos  
cobren vida tus ojos, en el verde  
del agua miraré contigo  
cómo mueren los días.  
Cómo se vuelve polvo en los muebles  
oscuros tu silencio  
que azotará la lluvia  
allí donde te encuentres.

## Unos soportales

Mi vida son ciudades sombrías, de otro tiempo.  
Como se acerca una caracola  
para escuchar el mar, así por ellas  
vago yo muchas tardes. Ya no tienen farolas  
con esa luz revuelta ni tampoco los coches  
antiguos de caballos. Todavía conservan  
sus negros soportales donde se huele a gato  
y donde aún se abren misteriosos comercios  
iluminados siempre con penumbra de velas.  
Son ciudades levíticas, sin porvenir y tristes,  
con cien zapaterías y tiendas de lenceros  
cada cincuenta metros. Todas tienen conventos  
con los muros muy altos donde crecen las hierbas,  
jaramagos y cosas así. No son modernas,  
pero querrían serlo. Yo las recorro solo,  
e igual que suenan olas en una caracola,  
así mis emociones me parecen eternas.

## Casinos

Casinos de esos pueblos en las tardes lluviosas  
llenos de aburrimiento. Penumbrosos salones  
donde se habla en hectáreas. Arañas. Polvorientos  
jarrones. Soñolencia. Tableros de ajedrez.  
Abecés atrasados con el papel ya flojo  
de haber sido leídos por demasiadas manos.  
Eternidades. Siempre la luz modesta. Grandes  
sillones con guatapercha roja. Cortinones  
espesos y testereros color café con leche.  
Socios. Conversaciones de adulterio o de duros.  
¡Casinos de esos pueblos donde se huele a establo,  
a loción de barbero y a suelos con lejía!  
Solo tenéis de intacto la mesa de billar;  
su verde luminoso de pradera, las bolas  
buscándose infinitas, sin repartirse nunca  
como la vida humana, advierten al que llega  
a vosotros, que solo lo trascendente pasa,  
que solo lo fugitivo permanece y dura.

## **Me asomo todas las tardes**

Me asomo todas las tardes  
a este jardín soleado  
a escuchar las soledades  
que hablan entre sí callando:

Todo es igual y distinto.  
¿Crepuscular?, ¿machadiano?  
Quién sabe dónde está el hilo  
de un laberinto tan largo?

La tarde desaparece  
y en el jardín encantado  
oigo una distinta fuente  
soñar en el mismo caño.

## **En las lluviosas tardes de noviembre**

En las lluviosas tardes de noviembre  
de pesadumbre llenas,  
con un libro de románticas rimas  
que habla de hojas secas  
me siento a ver el fuego  
junto a la chimenea.

En esas cortas tardes otoñales,  
poca la luz de perla  
en el salón, a solas, sin testigo,  
las cosas se sombrean  
con azulado tedio  
de indecible esencia.

¡Veladas de borroso calendario  
y avara somnolencia,  
de vacíos laureles y jardines,  
agrias tardes eternas  
que tienen del olvido  
la misteriosa rueda!

## **Por si un día quedaras**

Por si un día quedaras  
del lado de la noche,  
en su fría frontera un no sé qué  
esperando del horizonte vasto,  
yo recuerdo tu voz  
limpia como una almendra  
y ese cantar con distraído acento  
y todo cuanto ardía sin que tú lo supieses.  
Como pasa la luz por una copa  
de Oporto, así acaba la tarde.  
Si algo deseara ahora,  
que fueran como semillas que arraigaran seguras  
estas pocas palabras. Como grana  
de salvia que en cada primavera  
llevase sus raíces, un poco más allá,  
a donde cierra tus párpados  
de eternidad la tierra.

*El mismo libro*

(1989)

## Soneto

Ahora es noviembre. Un mes tranquilo. Lluve  
Acaso sea para mí la vida  
este solo llover y esta dormida  
parte del mundo eternamente leve.

La sombra del camino que se aleja,  
la iglesia y el zarzal, las telarañas  
y este pensar en ínsulas extrañas  
tan solo por libar, como la abeja.

Dulce es la vida así, la miel amarga.  
Es casi equivocarse estar seguro.  
El arte es breve, mas la muerte larga.

Quizá me he confundido de pasado,  
de presente tal vez y de futuro.  
Quizá yo solo sea lo soñado.

## **Son símbolos los buques y la niebla**

Son símbolos los buques y la niebla,  
los jardines cerrados  
y las ciudades muertas.  
La paloma y el lobo  
hispido y solitario  
tanto como la orquídea o la azucena  
son secretos milagros.  
El caserón caído  
o el diamante tallado  
en el tabuco sórdido  
aguarda a que venga a rescatarlos  
de la oscura caverna  
la misteriosa mano.

Son símbolos la vida y lo soñado  
y hasta la muerte misma,  
indescifrable y negra,  
es símbolo de algo.

## **Yo descubrí en los manzanos**

Yo descubrí en los manzanos  
los telares del rumor  
junto a la casa y el canto  
secreto del ruiseñor.

Casa, mirador y huerto.  
Aquel azul de León  
y el blanco mastín del sueño  
echado en mi corazón.

## **Aquellos trenes de entonces**

¡Aquellos trenes de entonces  
entre León y Palencia!  
¡Dorados atardeceres!  
Bardas. Carrizos. Iglesias.  
La triste monotonía  
se miraba en la meseta.  
Yo leía. Y contemplaba  
alguna lejana hilera  
de chopos en silencio  
o las verdes sementeras.  
Parecía el traqueteo  
filosófica monserga:  
todo es igual y distinto,  
todo cuestión de paciencia.  
Y aquel sol entumecido  
se adormilaba en las cuevas  
que mi corazón abría  
entre León y Palencia.

1959

Enfrente de la plaza de frondosos castaños  
hubo un día un hospicio. El caserón tenía  
el muro de las cárceles y la melancolía  
de los buques fantasmas, misteriosos y extraños.

Yo era muy niño entonces. Mi madre me llevaba  
las tardes de domingo de visita a la abuela  
y al capellán, mi tío. Se bebía mistela  
en diminutas copas y de todo se hablaba.

Era un lugar siniestro donde olía a pobreza,  
a tabaco, a sotana, pero entraba un sol suave,  
dulce y desanimado que abría con su llave  
las prodigiosas cuevas de aquella fortaleza.

Por entonces no había ya ningún hospiciano.  
Vivían los dos solos entre orfanales ecos  
de sombras y silencio y de sus pasos huecos  
brotaba el rumor muerto de un armónium lejano.

Aunque me daban miedo, y cuánto, los pasillos  
anchísimos y largos, el negro rectorio  
o la escalera, el mísero y glacial dormitorio  
con altos ventanales de polvorientos brillos,

aunque temblaba, digo, me pasaba la tarde  
encerrado en mi cuarto preferido, una sala  
que daba a un patio oscuro cuya única gala  
era esa luz felina, agrisada y cobarde.

Aquella era la sala en que la Diputación  
guardaba tras las fiestas gigantes, cabezudos...  
Yo admiraba sus caras hechas de sueños mudos,  
de cólera y de risas, de trampa y de cartón.

¡Con cuánta lentitud el tiempo se frenaba!  
La Tarasca caída llena de palitroques,  
arlequines, bufones, falsos mozos de estoques...  
Todo cuanto pasó y entonces no llegaba.

Al regresar a casa siempre había llovido  
y en el jardín de enfrente cogían caracoles  
unos hombres terribles, prendían los faroles  
y los últimos pájaros retornaban al nido.

Cuando murió mi abuela, me vistieron de luto

y tuve que besarla. Estaba amortajada  
con sayal terciario y el frío de la nada  
selló también mis labios de nada y de absoluto.

Enfrente de la plaza y del viejo convento  
hubo un día un hospicio. Es todo cuanto pueda  
tener o recordar, la gastada moneda,  
las máscaras, el miedo, los despojos del viento.

## Retrato de mi padre

La foto fue tomada en un estudio  
pueblerino y de feria. El decorado  
es de escayola y él está de lado,  
arrogante y feliz. Fue su prelude.

Luego herido en Teruel. Duras batallas  
si dura fue la guerra. Aún en los ojos  
lleva un botín de miedo y de despojos  
que guarda en una caja entre medallas.

A su manera bueno. Un gran furtivo  
en cristalinos ríos. De su vida  
solo puede decirse: fue un trabajo

del que la vida nunca le distrajo.  
Es viejo ya y espera la partida.  
Más solo cada vez. Más pensativo.

*Acaso una verdad*

(1993)

## Un café de mi infancia

Era un viejo café que se llamaba  
Nacional o Central o Universal.

Había en todo él, como estrechándolo,  
un zócalo color confesionario  
de maderas clavadas, y en todos los testers,  
así como en los techos,  
el humo inactual de la costumbre  
se había ya fijado bituminoso y rancio  
como en cuadro de historia.

De una escayola gris, un rosetón de acantos  
estrellado en el techo (muy alto para el pueblo)  
colgaban las tres aspas,  
tres palas moteadas de excrementos de moscas,  
tres grandes aspas quietas, polvorientas, paradas  
desde Dios sabe cuándo.  
Aquel ventilador llevaba allí  
desde bastante antes  
de que el pueblo contara, el año diez,  
con suministro eléctrico.

También los parroquianos  
parecían sacados todos del año diez,  
el año de la luz,  
no más hombres que fichas de un dominó dormido,  
inmóviles también como los veladores.  
Vestían saharianas o, en su defecto,  
como era costumbre entre rentistas,  
pantalón de franela, zapatos de crepé y  
la cómoda chaqueta del pijama  
cortada por el sastre de la localidad;  
dicho en otras palabras: la conciencia  
como una querida.  
¡Cuántas horas pasadas bajo aquellas tres aspas!  
¡Cuántas horas mirando jugar al dominó,  
admirándose siempre de que los jugadores,  
al rematar con furia, no rompieran el mármol!...

Era también una atalaya,  
un lugar de excepción  
para el último siglo y remirar las cosas  
que en la plaza del pueblo (a la que daban  
sus grandes cristalerías emplomadas)  
se secaban igual que crisantemos de un fanal.

Como la plaza tampoco era gran cosa  
pues era irregular, soportalada a trozos,  
a trozos destrozada por maestros de obras  
que imitaban, pasadas ya de moda,  
modas de capital... Y una tristeza  
en todo muy sutil, venenosa lo justo,  
entre la metafísica y Leví.  
Es decir, un lugar hermoso y admirable.

Desde allí se veía  
la puerta de «El Buen Gusto» y de la fonda  
que un rótulo de blanca porcelana  
anunciaba como «La Favorita»,  
y las negras arcadas del viejo Ayuntamiento,  
cuyo reloj marcaba cada hora a su hora,  
y ese era justamente su encanto y su poesía,  
dar constancia del tiempo donde nada pasaba,  
y advertirnos tal vez  
no, digamos, de su fugacidad,  
sino de lo contrario: de que todo  
está llamado a ser, a formar parte  
de la inmovilidad, como el ventilador  
y aquellos veladores, como la luz, quizá,  
antes del año diez.

Un poco más allá también estaba  
el estanco en que, aparte de tabacos,  
dispensaban al público  
pliegos de papel barba, igual que este  
en que estoy escribiendo, comprado hace una hora  
a la misma mujer a quien compraba  
de niño golosinas y sellos de colores.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Quién está  
mirando ahora esa plaza? ¿Yo? ¿El que fui?  
¿Esta huida que soy? ¿El sueño acaso  
que nunca abandonó mis oscuras pupilas?  
¿Todo lo que en mí triunfa de la muerte,  
del olvido, de todas esas cosas  
que ocupan a un poeta?  
Hace un momento esa mujer  
se me quedó mirando. Era evidente  
que algo de mí llamaba en su pasado,  
pero no supo qué. Su boca desdichada  
y su mirar sin fuerza, como entonces,  
me dijeron adiós y sonrió  
a todo lo que ella ha renunciado, ahí,  
en su cubil metida, un mirar sin juzgarse,  
un renunciar sin pena.

Quién sabe cuánto hace  
que cambiaron su nombre y la decoración.  
Los viejos veladores, el gran ventilador  
y el mostrador de zinc, y los clientes,  
como las hojas secas, ardieron o se hundieron  
algo más en la tierra.  
El tiempo, incluso, es otro.  
De todo lo que miro solo el Ayuntamiento  
permanece en su sitio, solo que ahora está  
parado su reloj, ahora que la vida  
se precipita y huye...

Y sin embargo... De todo el espejismo  
reconozco este pliego,  
el olor del papel mezclándose al olor  
del café recién hecho, y me basta tener  
delante un vaso de agua igual que los de entonces,  
uno de aquellos vasos con agua solo fresca  
que conservaba aún el sabor de la arcilla,  
me basta solo eso  
para sobrevivir al tiempo, es decir, a uno mismo,  
de modo que me digo:  
«No debes lamentarte. A nadie importa  
que alguna vez hubiera aquí mismo un café  
con un nombre armonioso, Central o Nacional,  
Universal acaso...  
Que todo vuelva a su inmovilidad,  
como el vaso de agua que desde aquí refleja  
el reloj de la plaza, inmóviles agujas  
de un cielo retenido en el reflejo  
inmóvil de este vaso... No ha nacido ninguno  
que pueda hacer por ti  
este largo viaje».

Escuchad todavía las lentas campanadas,  
reloj o corazón marcan la misma hora,  
inmóviles también como las rosas.

## Un otoño

No he de morir si este jardín ya viejo  
sigue como hasta hoy, viejo y oscuro,  
pudriendo sus membrillos de oro puro  
y haciendo de la fuente un negro espejo.

Ni morirán tampoco los rosales  
ni el ciprés morirá, por más que muera.  
Todo lo que una vez fue primavera  
jamás conocerá restos mortales.

Qué dulce a la terraza llega el viento  
a consolar el alma entristecida  
y a decir que la muerte nada trunca.

Pero sé que me engaño y que me miento  
lo mismo en el soneto que en la vida:  
nada de cuanto muere vuelve nunca.

## Ripios para un amigo y tres viejos maestros

Es de noche hace rato y ha llovido  
en un Madrid dormido y otoñal.  
En cada gota del cristal  
se refleja mi lámpara y me reflejo yo,  
y un rincón de este cuarto y del buró  
que fue de Valentín,  
y este muerto papel en el que escribo  
se refleja también como un recibo  
donde llevo las cuentas de mi spleen.  
El cielo de mi calle iluminado y rosa  
también abre un lugar de este reflejo,  
parecido a la boca de una fosa  
que besara a la muerte en un espejo.  
Son ya las nueve, y llueve.  
Que nadie te sorprenda preocupado  
por saber si esta lluvia es muy distinta  
de la que vio Unamuno una vez en Bilbao,  
negra como la tinta,  
o aquella que hace un siglo a Pimentel en Lugo  
tanto al hombre le plugo,  
o la suya, que vio en París Verlaine,  
del color de los charcos  
o de los tristes barcos  
o cual adiós que nos arranca un tren.  
Tampoco te preocupe saber si este poema  
antes que aquí se ha escrito.  
No es esa la cuestión ni es el problema.  
No quieras ser maldito.  
Busca, por el contrario,  
las fuentes de su lluvia y su calvario,  
las fuentes de Unamuno, Verlaine y Pimentel.  
Busca en ellos la hiel. Busca su miel.  
Que la lluvia de entonces  
llora ahora en sus tumbas.  
Es dulce y es amarga  
y eternamente interminable y larga.  
Es la lluvia de siempre. La actual.  
Que en lo tocante a lluvias  
es un absurdo ser original.

## La ventana de Keats

*Para Manuel Borrás*

Apartado de todo, vuelto a mí  
en silencio egoísta, en soledad  
de campos y de encinas y callejas  
que el otoño volvió más taciturnas;  
asilado a esta sombra y sin más patria  
que una vieja edición de tus poemas;  
sentado en berroqueña piedra gris  
y leyendo tus versos, oigo cómo  
de pronto un ruiseñor se eleva y canta.  
Todo lo dejo entonces, mi lectura,  
mis leves pensamientos, mi silencio.  
Todo por escucharle. Es él, él mismo.  
El dulce ruiseñor que tú supiste  
distinguir entre todas las demás  
criaturas, por ser no melodioso,  
que lo era, sino por ser el tuyo,  
el a ti destinado desde siempre,  
desde el día en que Dios de mansas fieras  
ocupó el Paraíso y dijo: «Hágase  
también el ruiseñor, para que Keats,  
en la umbría Inglaterra, al escucharlo  
embelesado, alcance esta verdad:  
que el canto es solo uno, siempre el mismo,  
y que la rama cambia y cambia el pájaro,  
mas no la melodía. Esta será  
de país a país siempre la misma,  
de un continente a otro y desde un siglo  
a otro siglo, la misma melodía,  
igual que en el estanque van las ondas  
cuando alguien en él escribió un nombre».

Pues bien. Conmigo está, frente a este Gredos,  
el ruiseñor menudo de tus versos,  
frente a ese abstracto Gredos, calmo y duro  
y hecho de pura abstracta lejanía.  
Y están también los prados y colinas  
por los que tú anduviste. Están conmigo  
ahora, aquí. Y las viejas mansiones  
que el campo inglés conoce, venerables,  
cubiertas por la yedra, iluminadas  
con quinqués y bujías cuya luz  
llenaba las ventanas de dorada  
quietud e invitación al sueño,  
de modo que de lejos, si pasaba

un viajero, se decía: «¡Quién  
pudiera estar allí, junto a esa lámpara,  
dentro de aquella casa, allí sentado  
en cómodo sillón leyendo un libro  
o bebiendo los vinos de Madeira  
y escuchando un piano, o ni siquiera,  
solo como esa sombra que es el tiempo!  
¡Solo como la sombra de aquel hombre  
que se asoma al balcón para mirarme!  
¡Quién pudiera quedarse en esa casa  
y no tener, cerrada ya la noche,  
que andar por estos fúnebres caminos  
y exponerse a morir en soledades  
que harían de la muerte algo aún más triste...»  
Eso diría el viajero errante,  
eso mismo diría al contemplar  
la vieja casa solitaria y grande.  
Y luego seguiría su camino  
sin dejar de mirar de vez en cuando  
atrás, hasta perder aquella luz,  
aquel temblor de oro entre las ramas  
oscuras de los tejos, sin haber  
siquiera sospechado que eras tú,  
John Keats, la sombra.

Y que le viste  
llegar por el camino, y que dijiste:  
«Al Sur marcha ese hombre.  
¡Quién pudiera con él perderse lejos!  
Ahora mismo. Sin equipaje alguno.  
¡Cómo envidio su suerte y qué tristeza  
languidecer aquí llevando una  
vida que ni siquiera de infeliz  
puedo calificarla! Mira, parte  
de nuevo, se va. Empieza ya la luna  
a vadear el río. ¡Cuánto debe  
compadecer mis años...!».

Y que luego,  
para apagar la sed de tu acedía,  
tomaste una vez más un papel nuevo  
sin dejar de pensar en aquel hombre  
que viste peregrino. Quizás ese  
fue el día en que escribiste aquel poema  
que empieza así: «Feliz es Inglaterra...».  
¿Quién podría saberlo? Ahora otra vez  
lo leo en este viejo libro tuyo,  
y al leer me parece que tu otoño  
es este otoño mío y que también  
es mío el ruiseñor que ya ha callado,

y me confundo y creo  
que aquellos claros ríos entre hayales  
son nuestro pedregal, cuna de víboras.  
Y así, miro estos bíblicos olivos  
y alcornoques ascéticos, la tierra  
de la que brotan zarzas solo, ortigas,  
pestilente cenizo o amargas hierbas,  
y ebrio de gratitud, no siento ya  
ni abrasador el sol ni amargo el aire  
ni severos los pardos y los negros,  
que son colores nuestros metafísicos,  
sino que cierro el libro y miro lejos,  
porque tus versos hacen que yo vea  
este lugar como lugar del alma,  
y vuelto a mí, comienzo a recorrer  
de nuevo este paisaje silencioso  
y a verlo de otro modo y a sentirlo  
y a desear también la dulce muerte,  
hermana zarza, hermanos alcornoques,  
ortigas, alimañas, sequedades.

## Virgen del Camino

Estas noches de invierno hace frío en la casa,  
los techos son muy altos y las paredes viejas,  
cierran mal los balcones y la ventisca entra  
hasta la misma cama donde espero  
a que me venza el sueño y a que el sueño  
me arrebate de golpe el libro de las manos,  
y así, sobresaltado, me despierto  
en medio de las sombras.

Y es entonces cuando comienzo un rito,  
un viejo rito íntimo, igual todas las noches:  
rezo un avemaría mentalmente.

Durante muchos años esto me avergonzaba.  
«Qué buscas», me decía, «en oración tan simple.  
Eres un hombre ya, no crees hace mucho  
que el destino del hombre obedezca a unas leyes  
divinas ni que el orbe, engastado de estrellas  
en las ruedas del sol y de la luna  
sea la maquinaria de un reloj,  
al que un ser bondadoso  
da cuerda cada noche en su vasto castillo,  
esa vieja mansión que Nietzsche llamó Nada  
y Bergson llamó Tiempo.

Es tarde para ti, me digo. Déjale  
esa oración a otros, a tus hijos tal vez,  
ignorantes aún de lo que sean  
las palabras antiguas del arcángel  
que anunciaron el Verbo y su silencio  
en misterioso griego, según cuenta San Lucas.  
No pienses otra cosa. Estás cansado.

Ya es bastante de un día  
conocer su final y conocerlo en paz.  
Deja, pues, de rezar. Ese viático  
no puedes usurparlo, porque, di,  
¿de qué te serviría? De qué sirve una llave  
de la que no sabemos a dónde pertenece».  
Son razones que habré dicho mil veces,  
pero al llegar la noche,  
me acuerdo de otras noches  
y el frío de mis pies entre las sábanas  
es un frío de infancia, de internado,  
cuando oía a mi lado el dulce respirar  
en otras camas, y en el cristal la escarcha.  
Y al recordar aquellas ya lejanas  
noches de la meseta, tan largas,  
oscuras y sin fondo,  
recuerdo las palabras de los frailes:

«La Virgen del Camino  
guiará vuestros pasos donde quiera que estéis:  
No dejéis de rezarle y el camino  
no será tan difícil. Será para vosotros  
linterna en alta mar o una noche de luna».  
Y recuerdo que yo, para dormirme,  
imaginaba, acurrucado,  
debajo de las mantas que pesaban  
pero que calentaban poco,  
sin moverme siquiera de la parte más tibia  
que había caldeado con esfuerzo,  
incluso con mi aliento, imaginaba, digo,  
qué sería de mí, y qué lejanos mares  
habría de cruzar, qué extrañas tierras.  
Otras veces pensaba si la muerte  
habría de llegarme  
como a aquel que labrando  
un buen día su viña, ni siquiera  
de recoger su manto tuvo tiempo,  
o en medio de una fiesta, o en el sueño...  
Al llegar a este punto  
recuerdo que temblaba y pensaba en mi Virgen,  
de modo que mis labios desgranaban  
aquel Ave María, gratia plena  
con el que yo me hacía  
un lecho de hojas secas,  
y luego me dormía... para llegar  
muchos años después,  
a noches como esta,  
noches frías de invierno  
donde a solas conmigo voy pensando  
y dejando en mi boca, una a una,  
las palabras antiguas  
de la Salutación, como si fueran  
el óbolo que habrá de franquearme  
los portales del manto hospitalario  
que unos llamaron Tiempo  
y otros llamaron Nada.

## **Jazmineros**

Todos estos olivares,  
los verdes pinos romanos  
y los lagares

en ruinas... Oigo lejano  
el tiro de un cazador.  
Vuela el milano.

Sobre el muro del jardín  
más viejo, negro y sombrío  
crece un jazmín

con los jazmines en enero.  
Es viejo, seco y sombrío  
mi jazminero.

Los olivares, los pinos...  
En el corazón la helada  
y en los caminos.

*Rama desnuda*

(2001)

## Oda a un ruiseñor

Insomne ruiseñor del olmo muerto,  
¿también tú rememoras al cantar  
las otras primaveras con nostalgia,  
todas las frondas donde hiciste el nido,  
los dulces años para ti pasados?  
¿Significa ese canto que el amor  
cuanto más limpio brota y más sereno  
es más desconsolado y más oscuro?  
Cuando era muchacho y no quería  
sumarme a tanta fiesta y me guardaba  
sin sosiego en mi cuarto por hacer  
tanta inquietud más breve, me asomaba  
a la ventana que se abría sobre  
un mundo que también yo supe estrecho,  
y miraba la luna y la envidiaba  
en su infinita errancia. Con qué fuerza  
deseaba ser hombre por entonces  
y cuán lejos me parecía el día,  
y acaso inalcanzable, en que llegara  
a serlo, aunque jamás pensé que fuesen  
a suceder las cosas de este modo.  
Ahora, sin embargo, el hombre piensa  
en el joven que fue, y ese recuerdo  
le resulta tan cruel, que ha de apartarlo  
como el triste presagio de la muerte.  
Todo lo que era entonces luz, promesa,  
hoy apenas es sombra, y son finales.  
¿Te sucede lo mismo, ruiseñor?  
¿Tienes también puesto el acento en otro  
lugar lejano, como a mí me ocurre,  
que de joven quería ser un hombre  
y no hay día que pase que no piense  
en el joven que fui? Si estoy aquí,  
en este lugar viejo, solitario  
y misántropo, pienso en mi Madrid  
y siento la belleza de sus calles,  
de las cuestas del Rastro y las riberas  
secas del Manzanares, de su cielo,  
que huele a cautiverio y que recuerda  
cualquiera de esas fieras del zoológico  
que dan vueltas y vueltas en la jaula,  
y siento ese Madrid como sonámbulo  
con qué rara nostalgia, casi hiriente.  
Y sé también que allí recordaré  
este viejo jardín y esta terraza  
y la calleja que podría darme,

si la siguiese un día, cada punto  
imantado del tiempo y de la brújula,  
y en ti, secreto ruiseñor, que haces  
pasar el ecuador de dicha y canto  
por el olmo ya seco, pensaré,  
y sé que tal recuerdo, demasiado  
penoso, impedirá que pueda yo  
tener, como la tienen todos, una  
vida satisfactoria, aun incompleta.  
¿Y no es el recordar acaso como  
botar un buque, barrenado el casco?  
¿También tú rememoras al cantar  
las otras primaveras con nostalgia,  
las diferentes frondas donde hiciste  
nido, los dulces años ya pasados?  
¿Eres como yo mismo, alguien que vive  
para perder aquello que más ama?  
¿Ese es todo el misterio? Adiós, ya llego.

## **Ante un manuscrito de L. P.**

Por su mano copiados y zurcidos,  
en papeles mal doblados y viejos,  
voy leyendo de un poema melancólico  
los balbucientes versos.

El azar, que no existe, hace diez años  
los puso en mi camino, y ahora el viento  
piadoso de la vida levantó  
la llama que hay en ellos.

Con qué voz vacilante va el poeta  
recordando las sombras de un paseo  
por la grave Baeza, tras las huellas  
de don Antonio el bueno.

Las callejas sombrías, los huraños  
portales, el templete, los vencejos,  
el acre olor de bestias y alpechines,  
los negros limoneros.

Yo mismo estoy ahora en esa plaza,  
en medio de la noche y del silencio  
bajo la luna llena. ¿Oís mis pasos  
sobre las piedras huecos?

Mis manos van pasando estas cuartillas  
que una noche Panero, en duro lecho  
de sábanas heladas, tembloroso  
de vida fue escribiendo.

Entonces no sabía que la muerte  
cuatro meses después iría verlo  
sin aviso a Castrillo de las Piedras,  
frente al hosco Teleno.

El azar, que no existe, hasta mi mesa  
ha traído las huellas de aquel sueño.  
¿Cuánto tiempo me queda? ¿Es corto o largo  
todavía mi trecho?

Y el paso provinciano se detiene  
en un dolor que aquí busca consuelo:  
soportales, campanas, olivares  
... y su misterio.

## Al leer a Leopardi

Al leer a Leopardi,  
¿te escondes de la vida o es tu vida,  
el dolor de tu vida, lo que a él  
te conduce? El sufrir puedes nombrarlo,  
la infinita tristeza de las cosas,  
los límites del mundo tan lejanos  
y tus pequeños males.  
No el arte de hacer versos: el consuelo,  
el íntimo consuelo que nunca proporcionan  
ni la literatura ni los libros.  
Y tus pequeños males, tan pequeños...  
No más que una palabra aquí, o un gesto  
que inamistoso crees ver en alguien,  
ese malentendido, aquel infundio  
a veces fortuito,  
tildes todas menudas que tal vez,  
siendo objetivos, no son nada,  
pero que a un hombre lo reducen  
a una sombra de sí.  
Y nos sentimos solos  
en total desamparo, y ni siquiera  
las cosas, los paisajes y recuerdos  
felices de otros tiempos te confortan,  
sino que todo es un vasto yermo  
sin la pugnaz retama y sin los pájaros,  
en esta habitación, sobre esta mesa  
mirando en tu ventana tantos años  
esa fachada gris que lleva ahí  
desde el final de un siglo.  
Y ves así tu vida: como casa  
también no menos vieja que tú mismo,  
dado a pensar en horas  
de una insania total que tus amigos  
solo los vas a hallar entre los muertos  
y, esperanzado aún, quizá en aquellos  
que nacerán dentro de ochenta años,  
que decía Stendhal.  
Es así como alguien como tú  
lee a Leopardi,  
para escuchar los ruidos, esos ruidos  
del final de la tarde, las gallinas  
escarbando en el suelo,  
el roce de la mano, mientras cose la joven  
una pieza de lino blanca y nueva  
o armónicas campanas que te hacen  
levantar la mirada y ver los montes

Sibilinos, azules, a lo lejos  
en el vano infinito...  
Es eso lo que buscas,  
cuando los ruidos que hay en toda vida  
no puedes escucharlos,  
que hasta las mismas hojas muertas  
si las pisas no suenan  
y tu infinito es nada en ese Gredos  
que borraron las nubes.  
Al leer a Leopardi buscas eso:  
celebración y tregua en la inmensa derrota  
que en ti viene cumpliéndose.

## Las Mercedes

Acurrucada duermes,  
como duerme el pinzón sobre la rama,  
la cabeza apoyada sobre el brazo  
de ese viejo sillón, las piernas encogidas,  
en el rojo escabel los pies de lado  
y una ligera manta por encima  
que arropa más que cuerpo, la conciencia  
del tiempo que ha pasado por nosotros  
haciéndonos a veces tan extraños.  
Yo mismo en estos meses  
llegué a pensarme muerto  
también para el amor,  
el tuyo, el mío, el de las cosas todas,  
el que hace en nosotros más que un cauce,  
el que nos vuelve barco y vela y viento,  
y qué asustado estuve y qué perdido  
y tan a mano de ese sordo dolor.  
Ahora que duermes te lo digo,  
me lo digo a mí mismo, en realidad,  
parte también de la conciencia mía  
y parte al fin del sueño.  
Libre te miro, cual pintor que estudia  
en la sorda escayola o en el mudo  
bodegón de manzanas. Como ahora,  
estaría mirándote mil años  
mientras duermes urdimbres de ti misma,  
sueño de mármol, música de fruto.  
A tu rostro ha vuelto la muchacha  
que fuiste y que ha dormido  
contigo en este tiempo,  
la misma, con el pelo tan negro  
y la expresión tan niña  
que un suave respirar pone a mi alcance.  
Detrás está el balcón y una ventana  
y en la ventana  
esta tarde de marzo  
que al fin se ha merecido ella a sí misma  
tras larga lucha  
con el cielo de jaspe  
y sus vetas de oro y de tormenta  
que nos dejó en la orilla,  
siguiendo su camino.  
Es esa luz la que se ha puesto en tus mejillas,  
la que pulsa en la sien vago latido,  
la que sella tus párpados cerrados,  
y es más que luz, un alma

que estuviera tejida con las hebras  
más finas y sedosas  
para arroparte el sueño.  
Justo encima de él, como saliendo  
de ti, se ven los dos almendros blancos  
a través del balcón, y la palmera  
y los desnudos árboles, y al fondo,  
detrás de su celaje, Las Mercedes.  
Qué hermosa es esa casa tan derrotada y vieja  
en estos días últimos de invierno,  
como guardada toda  
tras una celosía de ramajes sin hojas,  
de rosales silvestres y de lilos  
que embridan en sus brotes  
también la primavera.  
Es mucho más hermosa todavía  
que oculta por la fronda  
que pronto vestirá el viejo jardín.  
Mira en sueños sus muros, son de oro,  
y el tejado manchado por el musgo  
y las ruinosas cuadras  
y el paseo de árboles...  
Todo nace de ti, es como una senda,  
onda y prolongación del propio pelo  
que te sirve de almohada.  
Estás aquí dormida,  
pero ese paisaje parece que es tu sueño  
nimbando tu cabeza,  
el sueño que ahora sueñas,  
el que puso en tu boca hace ya un rato  
sonreír inconsciente,  
el que volvió a tu rostro  
la muchacha que fuiste de piel suave  
como flor de ese almendro.  
Han florecido en ti también sus ramas,  
se han vestido de blanco.  
Aquí casi es de noche  
pero allí la tarde  
todavía resiste y de qué modo,  
y una brisa templada las menea,  
que así juntas parecen mariposas  
doblándose cual barcos, velas, vientos.  
Todo porque tú sueñas,  
todo porque tú duermes.  
Y acaso eres también la que me sueña ahora,  
que hiciste que buscara este papel  
labrado con la misma muda industria  
que el adiós de un pañuelo  
para que yo encontrara,

igual que la tormenta, mí camino  
y escribiera estos versos,  
que tú dictas.  
No despiertes jamás, sigue viviéndome,  
haz que los ciclos  
se vayan sucediendo,  
que florezcan las rosas y los lilos,  
que el otoño les despoje de todo,  
que jamás me levante de este sitio,  
desde el cual te contemplo.  
¿Anochece también en ese sueño?  
Poco a poco las luces de la tarde  
murieron temblorosas,  
se perdieron contornos, se apagaron  
las formas como sombras  
de ramos ya marchitos.  
Solo una masa negra al fondo,  
Las Mercedes, parece resistir  
entre el bosque umbrío,  
y yo mismo también al lado tuyo,  
soñándote a mi vez como la yedra joven  
que crece entre las minas e ilumina la luna  
desde su propio sueño.

## Grano de arena

*(En la muerte de C. R.)*

Sentí, junto a mi pena,  
ligera sacudida; el engranaje  
dentado de los astros rechinó desacorde  
y aquí los manantiales y los ríos  
lo acusaron secándose de pronto  
o naciendo de nuevo en otras partes.  
Incluso la inocencia, aves y bestias,  
vino a sumarse al duelo:  
la alondra con silencio y el caballo  
afilando la oreja. Apenas fue  
un granito de arena  
en las ruedas de las constelaciones,  
el minúsculo cuarzo que de golpe  
las detuvo un instante, décimas de un segundo,  
algo que en realidad  
solo pudo notarse en las entrañas,  
en la frente y al pie del corazón,  
vísceras todas que en amor entienden.  
No fue que el tiempo se frenara en seco,  
cayendo de su red el equipaje,  
menos aún que sacudida fue: una advertencia.  
Imaginé un abrazo y dos amantes,  
la conducta del mar,  
el laboreo azul de los vencejos  
al bajar al estanque para saciar la sed en una gota  
¡toda la sed del mundo en un grano de agua!,  
y el tiempo que esa uva de cristal necesita  
para vestirse en nieve o desnudarse estrella.  
Todo eso la odiosa lo metió  
en su hatillo, como un vulgar ladrón,  
para salir huyendo, como siempre,  
por oscuras callejas solitarias.  
Luego continuó la fiesta, el baile,  
y cómo, con qué ganas. ¿Acaso no es sabido  
que la mujer y el hombre buscan aparearse  
después de un funeral?  
Entre todos hicimos completa la verbena  
y cubrimos la culpa, la manzana de Adán,  
de rojo caramelo. ¿Cómo, si no,  
podríamos vivir tan a diario?  
Nadie hable de muerte.  
Es el día de fiesta lo que es breve.  
¡Arranca!, ¡vivo!  
Mecanismos, ¡en marcha!

Y tú, tristeza, ¡suma nuevos giros  
mientras suena esta música!

## Elegía

*Para Miriam*

¿Recuerdas aquel tiempo en que oler una rosa,  
una rosa tan solo, ni siquiera perfecta,  
te arrancaba las lágrimas? Te acercabas despacio  
al rosal preferido y, a resguardo del mundo,  
como quien lleva dentro el tesoro más hondo  
podías estar horas a su lado esperando  
sin atreverte apenas a confesar tu dicha,  
sabor de que nadie te igualaba en fortuna.

Ibas buscando ávido los temblores simbólicos,  
la estrella que caía de lo negro en lo negro,  
o sus ojos oscuros o el ruido que en la noche  
trenzaban los insectos en el astro bombilla  
mientras de la majada volvían los acordes  
truncos de las esquilas a su caja de música,  
todo lo que temblando nacía o se acostaba.

Mientras atardecía ibais por las callejas.  
¿Recuerdas el olor del hinojo y la menta?  
¿Recuerdas que decías «como puñal lo noto  
que me abrasara aquí», y el vientre señalabas?  
Apenas si podíais articular palabra  
por temor a estropear aquellos sentimientos  
nombrándolos en alto, y habríais escogido  
disolveros entonces en el aire anisado,  
conscientes de que nunca estaríais tan cerca.

Quando pienso que yo de joven cultivaba  
momentos melancólicos cual gusanos de seda,  
qué lejos me encontraba de sospechar que alguno  
nacería deforme y me devoraría  
justo cuando añorase la alegría de entonces,  
la juventud perdida, aquel sutil talento  
para hablar de la muerte al tiempo que llenaba  
de caricias un cuerpo ceñido por la gracia.

Quién podía decirte que aquellas que trenzabas  
guirnaldas primitivas se te marchitarían  
tan pronto entre las manos. Hablabas de finales,  
de viejos caserones y de ruinosas casas,  
de sonidos oscuros y nidos de otro tiempo,  
de calles provinciales y sonatas de Czerny,  
pero eran entonces palabras solamente,  
la muerte y la desdicha palabras nada más,  
como lo fueran sombra, rui señor o ciprés.

Han pasado los años y ya nada es igual.  
A tu rosal el tiempo le dio un tronco leñoso,  
pero sus rosas siempre en cada primavera  
vuelven a florecer. Solo tú te haces viejo  
de veras, solo tú has oído hace un rato  
delante de esa rosa un silencio inhumano  
y has sentido miedo, y te has puesto a llorar,  
no lágrimas estéticas como aquellas antiguas,  
sino un lloro dañino, pues todo cuanto entonces  
pensabas que sería como ruina armoniosa,  
con su bonita yedra y su viejo jardín,  
no es más que un trozo informe de mineral silencio,  
el dolor de ser piedra suelta por un camino.

## **Calleja de los olmos**

Solitaria y sombría entre paredes  
de piedra y olivares apartados  
de la humana asamblea, intransitada  
a cualquier hora, siempre, a mediodía,  
cuando el sol la emblanquece polvorienta  
o en las oscuras noches que se pierde  
como otra sombra más de lo que es sombra,  
mi apartada calleja que transcurre  
entre lagares viejos y arruinados  
cortijos que no pueden ni siquiera  
cobijar al mendigo vagabundo  
o a ese loco infeliz que hay extraviado  
como un perro de nadie en los caminos,  
mi tranquila calleja, mi segmento  
de universales sueños, mi cordel  
de un simbólico arco que se tensa  
mirándolo, mi pobre río seco  
lleno de piedras secas y aristadas  
que levantó no el paso jornalero  
ni las caballerías, sino ciegos  
torrentes en invierno y los rigores  
de abrasivos veranos, mi calleja  
que hace siglos llamaron de los olmos  
porque los hombres antes acertaban  
a nombrar con fortuna cada cosa,  
caprichosa de curvas y andadera,  
sombreadas de olmos sus orillas  
que tendían sus brazos una a otra  
haciendo de ella un túnel donde el sol  
no entraba nunca, un paraíso, más,  
mucho más que un palacio con sus torres.  
¿No eran torres los olmos? ¿No temblaban  
acaso, no tenían ballesteros  
también, que eran los pájaros, flechándonos  
con dulcísimos cantos todo el año,  
turnándose en sus guardias día y noche?  
Al llegar el otoño y caerse las hojas  
su desnudo ramaje se elevaba  
igual que las columnas de ese templo  
al que se hundió la bóveda, y entonces  
era el momento, al fin, y el sol podía  
bajar a nuestro lado y enterrar  
los pies como nosotros en tesoros  
de un oro rumoroso, la infinita  
corriente en que botábamos la culpa,  
que de sí se alejaba piedra abajo

haciéndose regates y borneos.  
Hasta el alma flotaba por el aire  
como araña común sujeta a un hilo  
invisible, sin fin y sin principio,  
igual que la calleja... Era de pura  
alegría de verse conducida  
a la gloria por tan estrecho cauce,  
y pedregoso y sin prestigio alguno.  
Nada había de mística en aquello,  
nada sublime ni de portentoso,  
nada que no pudieran expresar  
unas pocas palabras, al revés,  
se sentía uno árbol, piedra y ave,  
eterno como ellos, bendecido  
por el paso del tiempo, cada año  
más firme en esta tierra y parte de ella  
en todos los papeles de la obra,  
lombriz y mariposa, rey, mendigo...  
Hasta que hoy, ahora, es un decir  
pues fue largo el proceso, se secaron  
los olmos, uno a uno. Han muerto todos.  
Podridas y sin vida van quebrándose  
todas sus ramas y la yedra trepa  
devorando su tronco. La calleja  
desnuda de sus galas, desertores  
los pájaros, abandonada a todo,  
quedó irreconocible, como un cuerpo  
que acaba de expirar. Vemos en él  
solo una forma. Sí. Es la calleja.  
Todo lo que teníamos de dioses  
de pronto se ha hecho barro, y estas piedras  
ya no son más que piedras y esos pájaros  
ya no son más que ruido y estas manos,  
ya no son más que manos de un escriba  
que obediente trabaja sin motivo.

## **De Portugal han venido**

De Portugal han venido  
las nubes negras  
y todo este silencio  
de la tormenta.

Nunca, nunca te alejes,  
olor de lluvia,  
ni tú, viento en las hojas,  
colmada música.

Este momento espera  
cuanto sonaba,  
caracolas marinas  
en cada rama.

De Portugal llegaron  
nubes violetas.  
¿Y cómo es que es alegre  
tanta tristeza?

*Un sueño en otro*

(2004)

## Un sueño en otro

Miro hacia atrás y estoy en este mismo sueño  
en el que estoy ahora; hacia adelante,  
y me descubro aquí dentro de un siglo.  
La firme cordillera del pasado  
no más que dunas son que van moviéndose,  
lo que fue novedad, ya no lo es,  
y lo que era futuro, en el aire engañoso  
se deshace como improbable oasis.  
Me llegará la muerte y me hallará cansado  
como a veces ocurre tras un sueño  
lleno de afanes, cuitas y fatigas  
que nos dejan en manos de una larga jomada.  
¿Quién no ha temido que la vida fuese  
un sueño extraño que se vierte en otro,  
como matrioscas rusas, este sueño  
no menos irreal o melancólico?  
Voy a quedarme aquí, donde ahora estoy.  
Vendrán mis días como vienen astros  
de remotas regiones celestiales  
sin que nadie los llame ni recuerde.  
Sin que nadie me llame ni me espere  
voy viviendo mi vida igual que entonces,  
e igual la viviría si viviera cien años  
con sus frutos amargos o sabrosos,  
y ya que he de perderlos, ¿qué me impide  
que a la suma de todo, a este rincón  
hecho de tanta nada, quiera llamarlo sueño?

## Habla

¿A qué lengua se traduce la lluvia?  
¿Cuántas sílabas forman el perfume  
que la rosa destila? ¿Con qué rima  
uncirías las olas de la playa?  
¿Serías tú capaz de discernir  
los hemistiquios en el beso último  
de dos amantes, y ponerle acentos  
al silencio sutil de sus pupilas?  
¿Qué humana ortografía serviría  
para ese ladrido que a lo lejos  
se oye en plena noche o para el pulso  
que late en todo astro, incluso muerto?  
Dime con qué alfabeto se transcribe  
el sueño de la vida,  
dímelo sin palabras, que son merma,  
sin rima, sin acentos, sin medida,  
y luego, habla.

## Menos que nada

Ayer mismo tejías con tu afán  
en las ramas desnudas de los árboles  
el lino de los sueños,  
o subías al cable, y allí filosofabas  
mirando desde arriba nuestras cuitas,  
estos afanes nuestros, hechos también de ramas  
que han perdido y ganado tantas veces  
como el mundo sus hojas. De qué modo  
sostenías tristezas y alegrías  
trabajando con mimo tanto aire,  
panadero celeste, levadura  
de un pensar insaciable  
que miraba tus vuelos y revuelos  
y tus alegaciones y tus algarabías  
como trajín humano.  
Ay, pequeño gorrión, cuánta materia  
había en tu jornada, cuánto peso  
en ese corazón. Más qué columna  
era tu pulso, sosteniendo el sol  
o metiendo la noche bajo el ala  
donde tú la ordenabas con el pico,  
o con el pico en alto  
esparcías estrellas a lo ancho  
como el que escoge trigo.  
Si a mi mano viniste alguna vez,  
pude dar fe de tu increíble vida,  
que quemaba en los dedos como un ascua.  
Estas negras heladas o la vejez o el hambre,  
hambre de ser y sed de tantas hambres,  
te llenaron de frío, y hoy has muerto,  
como hoja también, al pie de un árbol.  
Al levantar tu cuerpo daba miedo  
lo poco que pesabas habiendo sido tanto,  
menos que plumas solo,  
menos que nada  
y esa nada también, mas de otro modo,  
me ha quemado las manos.  
Ay, mi pobre pardal, dime tú ahora  
en este desamparo  
qué hará con tales manos tu poeta,  
que ni siquiera a él le sirven ya  
para pedir limosna.

## **Mi padre sale a buscar su muerte**

Faltaban todavía doce días  
para que se muriera,  
pero ¿cómo saberlo o sospecharlo?  
Murió entonces un viejo conocido  
y a velarlo acudió, según costumbre.  
Menudo temporal, iba pensando.  
Pensó también que el muerto  
más o menos sería de su quinta.  
Y pensó en regresar rápido a casa  
para evitar huyendo en lo posible  
el buido relente de los páramos  
y las nieblas insanas del Bernesga.  
Pensó que a cierta edad ha de cuidarse  
un hombre si es que quiere  
trasponer el invierno.  
Pensando en tantas cosas se distrajo,  
no supo dónde estaba, tan extrañas  
le parecieron casas, plazas, calles.  
Nada reconoció de su ciudad,  
y tuvo miedo. Acaso pensó que él era el muerto.  
Todo duró un segundo, nos diría,  
sin saber qué pasaba, como un perro.  
Encontró el tanatorio, el mismo que  
doce días después le acogería,  
deslizó su tarjeta en la bandeja  
por bien labrados usos provincianos,  
y deshizo el camino. «Me he perdido»,  
repetía asustado, y encontraba  
insólito aquel hecho,  
sin comprender que era la muerte la que  
empezaba a borrarle de los ojos,  
sin duda por piedad, todo lo que los ojos  
durante ochenta años bien cumplidos  
por amor, como un pan, habían amasado.

## Lluevo

Lluevo en esta ciudad  
envuelto en frío, en aguacero, en noche,  
y cuanto toco queda convertido  
en una calle solitaria y triste  
hecha de casas muertas, y en farolas  
de cuyo resplandor nacieran ruinas  
y a millones las cruces.

Lluevo sin tregua en todos los rincones,  
sobre puertas cerradas y en abiertas  
alcantarillas ciegas que se llevan  
hasta el mar las estrellas.

Mi corazón es charco y cuando anclan  
en él las negras nubes  
no pueden ser más náufragas,  
y con solo morirme me confundo  
en un luto de pájaros.

Lluevo sobre las ramas  
desnudas de los árboles y lluevo  
dormido sobre el banco de ese parque  
constelado de sueños que mendigan  
a las sombras que pasan,  
por la mucha tristeza de las cosas  
que se acaban.

Y a manos llenas lluevo en el cristal  
de la fosca ventana de mi estudio,  
y las gotas que lluvian  
mi corazón por dentro  
son las mismas que bajan y resbalan  
trazando bellos signos  
que podría leer, si no tuviera  
en los ojos mi lluvia tantas lágrimas.

## **Para ti y para mí**

Para ti y para mí la casa ya es muy grande  
y las tardes muy largas en invierno.  
Ya todo lo que ocurre se ha parado.  
Hasta la oscura larva que en la viga  
iba abriéndole al tiempo un caz sombrío,  
se detuvo, y silencio es lo que siembra.  
Por el monte la niebla va bajando  
con las botas hundidas en el barro,  
llueve sin peso y con la luz del sol  
los viejos olivares se platean...  
Para ti y para mí la casa es ya muy grande.  
Suena como una nana en algún sitio,  
una nana muy dulce en la que muere  
acunado el amor, mientras se duerme.

## **Autorretrato de una rosa**

En toda rosa hay un defecto leve,  
mas no hay rosa imperfecta ni mirada  
sin vida propia ni minuto breve.

Y cada idea nueva crece sola  
aunque muera en su ramo. Acompañada  
también muere esa ola, y muere sola.

## **Pájaro**

Escúchale, ya que no puedes verle  
en la pineda oscura.  
Lleva cantando un siglo  
y ninguna palabra de las tuyas  
ha sido pronunciada  
más alta que la otra. Así su música  
el camino te enseñe hacia esa sombra  
que en los sueños tú buscas.

## *Segunda oscuridad*

(2012)

## Mota de polvo

En el desván angosto está ese niño.  
Entre viejas maletas y orillados  
ajuares descompuestos pasa el tiempo  
completamente solo.  
Las jácenas y vigas son tan bajas  
que camina encorvado. En una de ellas  
a punta de navaja ha escrito un nombre  
para darse compañía, el suyo propio.  
Otras veces el sol se acuerda de él  
y le regala un rayo en el que flotan  
como orbitados mundos malabares  
millones de unidades y partículas,  
y se abisma pensando que en alguna  
podrá quizás haber otro desván  
y otro rayo de sol y el mismo sueño.  
Del humano trasiego y la familia  
ningún ruido allí sube ni le buscan  
el juego o las tareas,  
y el silencio es tan grande que hasta el roce  
de esos átomos vagos se oye mórbido.  
En tan extraño ámbito ha encontrado  
destierro y paraíso y los ropajes  
de Jeromín y El Cid y el de Ricardo  
Corazón de León y el de Jim Hawkins  
que le parecen hechos a medida.  
Nadie ha podido ser, como él ha sido,  
más feliz con tan poco.

Han pasado los años,  
y el desván y la casa ya no existen,  
pero el niño allí sigue; si le miro,  
me mira y si le hablo  
no sabe responder a mis preguntas.  
De todos los posibles, este raro  
disfraz que llevo puesto de mí mismo  
hubiera sido el último en probarse,  
y apiadado por ello acaso ahora  
aquel niño me tiende su navaja.  
En el olmo  
vetusto de la vida,  
antes de que lo olvides para siempre,  
Andrés, escribe: Andrés, mota de polvo.

## **Gorriones del Rastro**

Siendo de noche aún, aunque por poco,  
ninguno debería haber hablado,  
pero lo menos cien entre las ramas  
de uno de los árboles de Arniches  
lo decían a gritos como en una reyerta.  
Me tomaron sin duda por el juez.  
Todos al mismo tiempo, atropelladamente,  
trataban de contarme  
su versión de los hechos:  
estaba amaneciendo; aquella sangre  
era la de la aurora.  
Yo seguí mi camino cuesta arriba.  
Iba tan solo y triste y caviloso  
entre tantas miserias y piltrafas  
sin redención posible  
que tardé un rato bueno en darme cuenta:  
me culpaban a mí de aquella muerte.  
Y yo en nombre del mundo y sus heridas  
no quise defenderme.

## Rama de cerezo en flor

Ni católico templo ni pagoda  
podrían comparársele.  
Ningún haikú tampoco  
resistiría un solo instante al lado  
de esas pequeñas flores que tutean  
a Dios como los niños cuando dicen  
en su orfanato al rey que les visita:  
«¿vas a quedarte aquí ya para siempre?»  
No hay travesía humana comparable  
a su dulce perfume, ni una barca  
que mejor desplegara tanto trapo  
por darle alcance en el azul del cielo.  
Y aunque mucha dialéctica asombrosa  
de sistemas oscuros fatiguemos,  
no se hallará filósofo  
que mejor armonice los contrarios:  
en la casi podrida y vieja rama,  
en lo que solo es ruina, liquen, leña,  
han abierto las flores su camisa  
y doncellas se dan en cuerpo y alma  
a quien quiera gozar tal lozanía.  
Allí las he dejado. Si quisiera  
traerlas a tus ojos,  
en el papel verías solo pétalos  
para siempre caídos, no una rama  
inexpugnable a todo, sino frágiles  
y mutilados pétalos sin vida.

## Una carretera

Como atesoran otros el oro y los honores,  
yo en el almarino guardo  
algunas carreteras secundarias.  
De tercer a o de cuarta es la que va  
de Ruiforco a Palacio, paralela al Torío.  
En el rostro severo de los mapas  
figura su sonrisa  
apenas como un rictus orográfico.  
Del ancho de una vara, aun asfaltada  
es medieval, y en ella las boñigas  
y el sirle del rebaño, con su olor a heno seco,  
recuerdan que la vida en ese valle  
prosigue más o menos donde yo la dejé  
la tarde en la que fuimos, montados en un carro,  
hasta las Manzanedas. No tenía seis años,  
y seis años el mundo tenía entonces,  
las luces de carburo, el acordeón,  
el olor fascinante del azúcar quemado,  
la mísera barraca, mitad tiro  
al blanco, mitad tómbola,  
el baile en que bailaban  
mujeres con mujeres, pues los hombres  
se sentían muy hombres y tenían vergüenza  
o habían muerto en la guerra.  
Todo sigue lo mismo, es un decir,  
los árboles que crecen como un túnel  
son aún más corpulentos de lo que recordaba  
y las casas de adobe, cuanto más  
resistieron, más firmes me parecen.  
La llama de un candil son los recuerdos.  
Me alumbran solo a mí, como luciérnaga  
que guiara la punta de mis pies.  
No necesito más. La carretera  
que esos dos pueblos une, me ha devuelto  
después de medio siglo  
a un lugar que no viene en mapa alguno  
ni tampoco al alcance está del oro.  
Por no tener, ni nombre tiene apenas,  
igual que casi todo lo bueno que nos pasa.

## Ramón Gaya

La tarde va poniendo suavemente  
a las cosas su sombra  
y es tan pequeño el mundo  
que cabe bajo el brazo, como un cuadro.  
Pero... es más que un cuadro,  
como más que palabras  
son todas las palabras importantes.  
Hubiérase podido creer de tal crepúsculo  
que se hizo a sí mismo, con su fragua,  
igual que sin ayuda el mundo se deshace,  
y aunque partiese luego nuestro amigo,  
buscó quedarse a solas y escogió en su trabajo,  
como escogemos frutos,  
algunas pocas brasas por si un día  
el sol se retrasaba, y luego él en persona  
puso agua en la copa  
pensando en nuestra sed, como hace mi padre.

De nuevo cae la tarde entre nosotros.  
Nuevamente las sombras nos devuelven  
al origen de todo, y se despide el día.  
En las manos llevamos estas brasas  
por si ya no amanece,  
sigue la copa llena de agua fresca  
inagotable siempre  
y nuestro amigo vive como un padre  
a quien no le hace falta ni siquiera  
tenernos a su lado para darse.

## Agropecuaria (Poética)

Discuten dos o tres perros.  
Se confunden sus ladridos  
por los cerros  
con unos negros graznidos,  
mientras a mi vera un gato,  
lamerón con sus maullidos,  
ronronea zalamero.  
Pasa la tarde el plumero  
quitándole el polvo al rato  
que estamos en el jardín.  
Este agosto es caluroso.  
Vuelve a ladrar el confin  
y deja la luz un poso  
de luz cansada. Zurea  
su melopea  
una tórtola en la parra  
y chía la golondrina  
al beber en la piscina.  
La chicharra  
en su fábula labora  
e indiferente estridula.  
Ya es la hora:  
una cigüeña crotora,  
y acogándose a su bula,  
llena la boca de cardos,  
rebuznan dos burros pardos  
y cuatro pollinas finas.  
Filosofan: tantos palos  
le vuelven a uno tarumba,  
si no malo,  
hasta la tumba.  
Cacarean las gallinas  
y canta un gallo por nada  
mientras mi mosquito zumba:  
filosofa en otra escuela.  
Muere la tarde dorada  
y, blanca como la vela  
de una barca,  
sale la luna. En la charca  
croa la rana, y el sapo  
con su flauta de madera  
al silencio le hace un siete.  
La luna va a todo trapo.  
Ya es de noche. Arde la cera  
con llamita de juguete  
en la cuadra.

Otra vez un perro ladra  
por lo menos a una legua,  
pero se asusta la yegua,  
que relincha, y el buey brama  
para una vaca que muge  
y una carcoma que ruge  
en el miserable establo.  
Un cárabo tartamudo  
encaramado en su rama  
responde: «Yo también hablo».  
Tiene en la garganta un nudo,  
nunca pensó que hablaría  
de ese modo abrumador.  
Gluglutea el surtidor  
como un pavo gluglutea  
y ya trina el ruiseñor.  
Solo un momento. Enmudece  
luego todo. La azotea  
domina la vega oscura  
y se mece  
con el viento la espesura.  
Hay una estrella en el cielo.  
Parpadea. Un grillo loco  
le hace el dúo  
al chirriar su desvelo;  
lo confirma un triste búho  
ululando. Queda poco  
para que el sol venza al monte  
y vuelva el gallo a cantar  
y a ladrar el horizonte.  
Mañana será otro día,  
me digo. En el olivar  
hay un hombre que no sabe  
cuál es su voz todavía  
ni la llave  
de su agudo sentimiento.  
Ya solo sabe escuchar  
su corazón en el viento,  
y al callar,  
el viento le trae el mar.

## Cántaro roto

Son solo perdurables los momentos felices.  
En la extraña alquitara que llamamos memoria  
lentamente el dolor, cuando lo hubo,  
acaba destilando gota a gota  
muy diferente esencia de canción y sentido.  
Tal vez por eso el mundo gire aún.  
No muy distintos somos de ese cántaro roto  
que hace ya tres mil años fabricaron  
con arcilla dos manos cuidadosas.  
Apenas se conservan unos cuantos fragmentos  
negros e indiscernibles  
que otras manos pacientes han unido  
con una pasta blanca, hasta volverles  
la primigenia forma que tuvieron  
asombrosa y tan firme.  
No podemos decir que sea un cántaro,  
puesto que ya no sirve, recompuesto y zurcido,  
para nada de lo que fue pensado.  
Y sin embargo nos parece hermoso  
y sigue siendo un cántaro.  
Siguen en él aun las melodías  
del agua de la fuente y de la joven  
que al llenarlo cantaba con las náyades,  
siguen también sus risas, y la sed  
que aplacó tantas veces sigue aún  
junto a esos pedazos tan cruelmente  
heridos por el tiempo y sepultados  
con aquellos por los que tanto hizo.  
No solo sufrimiento trae la vida,  
lo sagrado se nutre de la flor  
y de las uvas púrpuras y el vino.  
Somos cántaros rotos que no esperan  
sino manos pacientes que devuelvan  
su forma primitiva  
a esta vieja canción en la que cantan  
los cántaros del mundo los momentos felices,  
los únicos que tienen ya sentido.

## Niños en la calleja

Los oímos llegar por la calleja,  
pequeños, tres o cuatro,  
igual que los corderos rezagados  
cuando entra la noche entre dos luces.  
La charla que traían, las esquilas,  
eran del mismo cobre. Simulaban  
acaso ser adultos por lo serios  
que venían tratando sus ingenuos negocios.  
Se creían a salvo estando solos,  
se creían mejores caminando,  
se creían felices en lo desconocido.  
Al llegar al laurel que angosta y ensombrece  
con sus verdes más negros los portillos  
se percibió su duda. El más audaz,  
de no más de diez años, sacó pecho  
y fingiendo valor mandó seguir.  
Podíamos oír su aliento incluso  
desde el viejo jardín, y sin ser vistos  
contuvimos nuestra respiración  
como hubiéramos hecho ante lo esquivo  
de un silvestre animal o tal revelación  
oída por azar tras de una puerta.  
Reemprendieron la marcha, y el más chico,  
el recental, fingiendo indiferencia  
como su capitán fingió valor, le dijo:  
«¿Verdad que este camino no da miedo?».  
Oímos que su charla se alejaba  
todavía más íntima. El silencio volvió  
a este oscuro rincón de Extremadura  
y leyendo seguimos cada cual nuestro libro  
o fingiendo nosotros que leíamos,  
exhaustas ya las luces del crepúsculo.  
A la primera estrella fugaz que vea esta noche  
le pediré eso mismo: alguien que al lado,  
cuando llegue el momento de partir,  
me asegure fingiendo que el camino  
no puede darme miedo, y yo lo crea.

***Y***

(2018)

## **El camino de vuelta**

Cuanto más necesarias son las cosas,  
más tardamos en verlas,  
aunque estén a la vista.  
Todas esas palabras que has escrito  
en poemas, ensayos y novelas  
vienen a ser como guijarros blancos  
que sembraste en la noche,  
el camino de vuelta.  
No sé qué ocurrirá cuando no queden  
más guijos, y los pájaros  
den cuenta de las migas,  
y no haya camino ni regreso ni casa.  
Noche estrellada, si te acuerdas, dile  
a tus pequeños astros  
que me lleven de vuelta  
siquiera hasta mi infancia,  
que desde allí yo ya sabré orientarme.

## **Pájaros, versos**

El gran abejaruco y la oropéndola,  
jilgueros, chichipanes y rabúos,  
por no citar a los de toga negra,  
a mirlos, golondrinas y vencejos:  
nunca nadie habrá visto que presuman  
de sus galas ni comparar casacas.  
Tampoco litigar al ruiseñor  
de melodiosas cumbres con el fúnebre  
pájaro carpintero.  
A todos por igual premia la vida  
con lombriz o con hambres,  
y cuando alguno falta  
a la cita diaria con la aurora,  
pues también les reclaman  
de otros muchos teatros,  
se encargan de buscar algún suplente  
entre los compañeros.  
El ruiseñor que oímos en las noches  
de mayo y la oropéndola  
que viene a despertarnos cada día  
siguen siendo los mismos  
desde que aquí llegamos hace décadas,  
e igual las golondrinas que ahora veo  
con sus eternos ochos sobre el agua,  
signo del infinito.  
Estos versos que escribo se parecen  
a otros que se escribieron  
desde el origen mismo de los tiempos,  
como vuelan los pájaros o cantan  
para nadie y su estirpe.  
Dirigidos a todos y a ninguno,  
soy yo también quien los escribe en este  
atardecer de agosto.  
Quienquiera que los lea:  
soy ninguno y soy todos,  
ayer, hoy y mañana,  
y lo que vuelo o canto no está hecho  
en nombre de los pájaros. Recuérdalo:  
el olvido no existe entre nosotros.

## **Ruiseñor**

Mirad el alcornoque. Canta entero  
todo él, cada rama, cada hoja  
de las miles que forman  
su oscura celosía. No aquí o allí,  
arriba, abajo, a un lado: el ruiseñor  
está detrás de cada una de ellas,  
en todas por igual, su voz bien firme  
como en la llama el fuego.  
No le veréis jamás. Aunque os mudarais  
a vivir en su centro y escutarais  
con óptica paciente  
la temblorosa aldea donde anida  
desde marzo hasta agosto,  
nunca sabréis de él más que su canto.  
Sé bien que solo empieza  
a hilarlo melodioso cuando nadie  
del cielo o de la tierra puede verle.  
Hasta no cerciorarse está en silencio.  
Aprende, pues, que la lección es fácil.

## Canturreando

Si fuese a suceder como lo he visto,  
será un día benigno, aunque la víspera  
habrá llovido tanto, que la azada  
hallará su camino buenamente  
propalando un perfume delicado  
de hierba por el aire,  
y el más dulzón olor de la lombriz de tierra  
a modo de guirnalda y bienvenida  
descansará en mi pecho, y ojalá sea leve,  
porque querrá mi corazón tener  
sus propios pensamientos  
recordando los días que con lombriz cebaba  
mis anzuelos de niño  
y deseaba que el tiempo del verano,  
e igual el de la vida, no se hiciera tan corto.  
Me hará gracia pensarlo justo entonces,  
ya sin Tiempo ni caña. Ayer estuvo  
todo el día lloviendo, mas el cielo  
volvió a darnos su más sereno azul  
y un crepúsculo, a modo de vitral,  
engastado en las ramas más negras de los pinos.  
Así sucederá también entonces,  
si es cierto que el deseo engendra lo real.  
Preguntadlo, si no, a estos mismos pájaros  
que intentan hacer todo, hasta dormir,  
canturreando,  
igual que yo ese día con un poco de suerte.

## **Haikú del ruiseñor**

Solo una de las hojas  
del alcornoque  
se llama ruiseñor.

## Homenaje a un romance de Unamuno

En el Ave hacia Sevilla.  
Amanece. Atravesamos  
la metafísica Mancha,  
foscos cerros, tristes campos.

Yo voy fingiendo miradas  
y también finjo trabajo,  
afanes que son hoy pan  
y serán hambre pasado.

¡Hola y adiós, encinares!  
¡Hasta siempre, despoblados!  
Sois Parménides que mira  
con bastante sorna a Heráclito.

Acabo de ver en ruinas  
un tejat, y en lo más alto  
de su humero, una cigüeña,  
jeroglífico enigmático.

Algo quería, seguro,  
decirme su garabato,  
pero fue visto y no visto  
muy oscuro el fogonazo.

Cuánto cuesta amanecer,  
qué difícil ese parto  
de los montes y la aurora,  
un misterio, otro milagro.

Mira el sol. Ahora ha salido  
y va subiendo muy rápido  
entre la niebla y el cejo  
que sube de los lavajos.

Mas que el sol es una luna.  
Qué grande es y qué blanco.  
Nos miramos a los ojos  
sin que nos hagamos daño.

Hemos llegado a Sevilla,  
pero yo sigo soñando  
con aquellos encinares  
íntimos, lígrimos, lánguidos...

## Las voces y los ecos

Qué mal vistos están los sospechosos ecos.  
Frente a las firmes voces vagan ellos errantes,  
viviendo de limosnas, con aspecto  
de tener mil asuntos aún pendientes  
con la justicia. Y sin embargo... Vedles  
trayendo nuevas de lejanas tierras,  
recordando a las gentes  
aquello que las gentes ya olvidaron,  
pues su naturaleza es inconstante  
y, apenas dichas, las palabras mueren.  
Las resucita el eco que vuelve a circularlas.  
Autillo que a lo lejos te lamentas  
en medio de la noche con ulular sombrío,  
¿eres voz o eres eco?  
¿A quién le estás hablando?  
¿Y qué si soy contagio  
de mis viejos maestros, como un eco?  
Sigue cantando, ave nocturna, sigue  
dándole voz a este pensar,  
eco también de cuanto en mí no ha muerto.  
Y tú, noche de luna, toma nota:  
la misteriosa luz con la que amparas  
a tantos vagabundos melancólicos  
eco es también del sol,  
y el sol, siervo de ella.

## **El sueño breve**

No esperes a que venga la tormenta  
con sus negras galeras por el cielo  
ni que llame a tu puerta el amarillo  
de las flores de invierno.

No salgas al camino ni te subas  
a la torre más alta: primavera  
a su paso vendrá como una joven  
descalza por la hierba.

No acapares las olas de la playa  
ni el oro infinito de la tarde,  
ni el silencio del cuco ni la música  
que te llega del aire.

Ni siquiera el amor de sus miradas  
o el recuerdo de aquellos que han partido  
guardes entre las páginas secretas  
de tus cansados libros.

Y quien dice estas cosas, dice el resto.  
Ricos como los pájaros del campo,  
que ven pasar auroras o crepúsculos  
sin temor ni cuidado.

Todo ha sido un ensayo, y ya el estreno  
se anuncia en los carteles que la muerte  
pegó, esta misma noche, sobre el muro  
de mi sueño más breve:

vivir la misma vida nuevamente.